

ESTUDIO

# Caracterización de los personajes de la LIJ

Miquel Rayó\*

*A través de algunos ejemplos —Harry Potter, Manolito Gafotas, o Robinson (no el de Defoe, sino el de Michel Tournier)— el autor nos muestra cómo los escritores caracterizan a sus personajes. La caracterización de personajes literarios sería imposible si no existiera un acuerdo tácito de complicidad entre el creador y los lectores. Este acuerdo indefinido, pero cierto, existe porque más o menos compartimos todos un bagaje común formado por una amalgama de elementos innatos, de conocimientos construidos y de experiencias vividas, incluyendo prejuicios e imprecisiones.*



EMILIO URBERUAGA, TODO MANOLITO, ALFAGUARA, 2000.

**C**ómo caracteriza un escritor o una escritora a los personajes de sus relatos? He aquí una pregunta (en apariencia) muy sencilla. La respuesta o las respuestas, si las hubiera, no lo son tanto. Podemos suponer que un personaje bien caracterizado, bien definido por las palabras con que el autor lo crea, será aquel que esté (o aparezca como) dotado de vida propia, que posea un conjunto de rasgos singulares de identidad (física y psicológica, e incluso contextual), y que sea sujeto de una historia personal y de una memoria suficiente de esta historia, junto a una capacidad suficientemente definida de sentir, de pensar, de hacer, incluso de abstenerse de hacer... El asunto es complicado. Porque si en general los seres humanos corrientes nos caracterizamos por algo es, precisamente, por no saber con precisión «suficiente» cómo y quiénes somos en verdad, y de ahí que algunos nos pasemos la vida buscando, inventando, construyendo e incluso disimulando o destruyendo nuestra, llamémosla así, personalidad, y tantas veces la personalidad de otros... Si los humanos somos así, ¿qué van a ser los pobres personajes literarios apenas esbozados con cuatro datos escritos en un papel? Al fin y al cabo, los personajes literarios son sólo palabras. Aunque debe señalarse inmediatamente que, quizá, los humanos no seamos otra cosa.

### Complicidad autor/lector

La caracterización de personajes literarios sería imposible, y eso se ha dicho de toda la Literatura, si no existiera un acuerdo tácito de complicidad entre el creador y los lectores. Ese acuerdo indefinido, pero cierto, existe porque más o menos compartimos (nos atrevemos a decir: todos los humanos) un bagaje común formado por una amalgama de elementos innatos, de conocimientos construidos y de experiencias vividas, incluyendo (lamentablemente) muchos déficit, prejuicios e imprecisiones.

Esa dotación o batería de conocimientos y de experiencias permite seguramente «sobrentendidos» suficientes para facilitar por una parte la comprensión de un texto literario y por otra nuestra convi-

vencia diaria con los demás. Es cierto que estos sobrentendidos pueden llevarnos a engaño e, incluso, a la discordia en muchas ocasiones. No obstante, es obvio que la creación literaria está basada en convenciones generalizadas, en pre-concepciones compartidas por los «usuarios» del relato (escritor y lector). Del mismo modo que, salvo rarísimas excepciones, un autor no explica la ley de la gravedad cada vez que un objeto cae al suelo, tampoco está obligado a explicar las razones que justifiquen la existencia evolutivamente imposible del ave roc, las propiedades mágicas del anillo del rey Salomón o las bases neuropsíquicas del trágico desvarío de la señora Bovary... Aunque en este caso la novela relata casi a la perfección un proceso singular de degradación psicológica por distorsión cognitiva verdaderamente patológica.

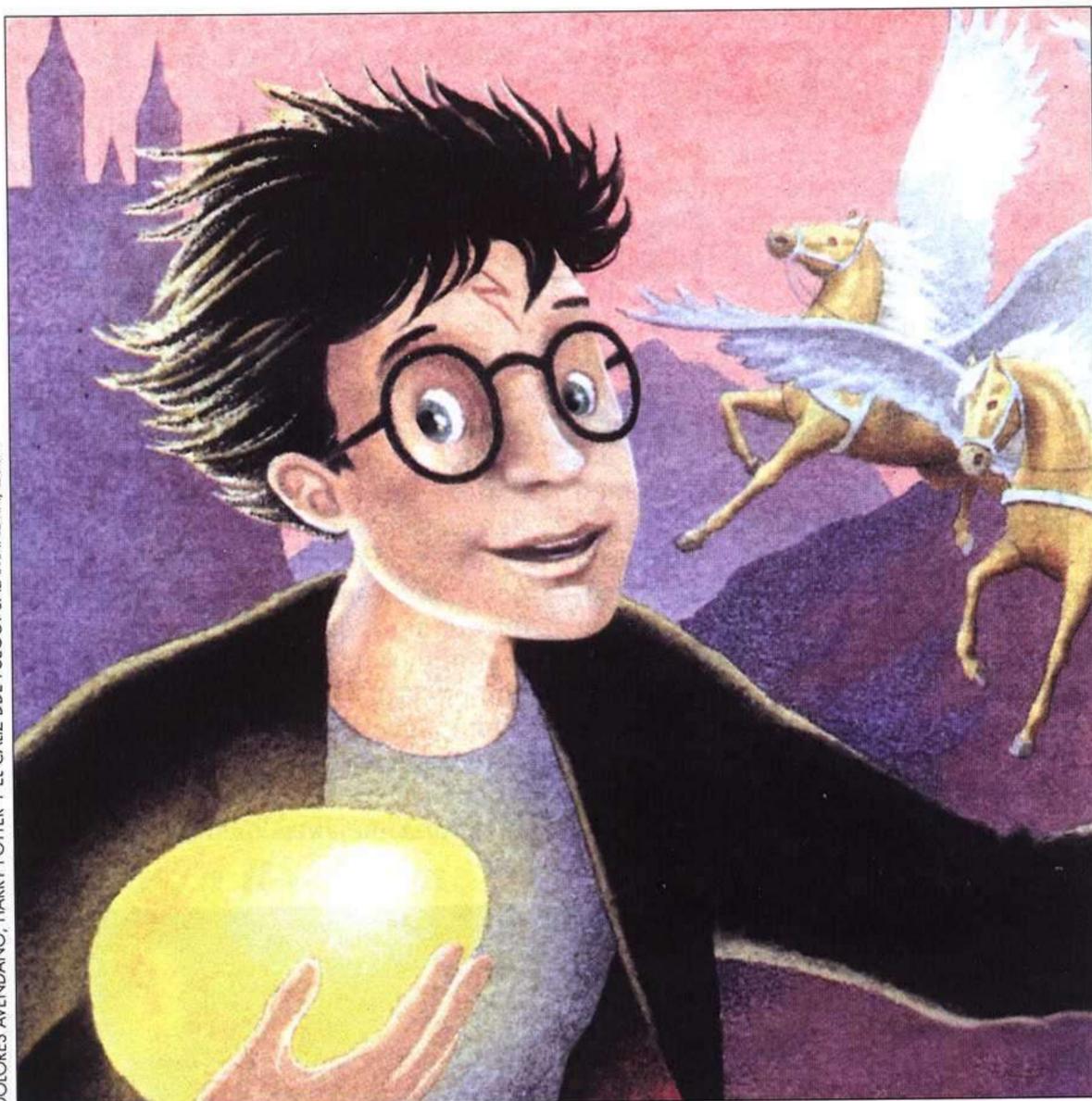
El relato tiene, pues, sus propias leyes (que el escritor propone y el lector acepta) y los personajes tienen, en sus relatos, sus propias razones de existir y de

ser como son. A veces se indica un apunte de razón sobre el que un relato se fundamenta: Alonso Quijano perdió el juicio de tanto leer libros de caballerías, y entonces «sucedió que...»; Ulises quería volver a su patria una vez terminada la guerra de Troya, y entonces «sucedió que...». Ése es el pacto entre autor (o autora) y lector (o lectora). El autor sabe (o debe creer que sabe) que el lector sabe (o debe creer que sabe) que el relato es un mundo cerrado en sí mismo y dotado de sus propias leyes, que no es necesario explicar en cada pasaje (o nunca). En esa certeza de que uno y otro «saben» o «creen saber» se basa la eficacia del relato y la credibilidad de los personajes que lo pueblan, de los cuales bastará decir que uno, don Quijote, es (o parece ser) digno, imaginativo e impulsivo, y que el otro, Odiseo, es (o parece ser) astuto, aguerrido y tenaz... Los sucesos que van aconteciendo en el relato deben ser congruentes con estos trazos básicos, bien por semejanza, bien por contraste.

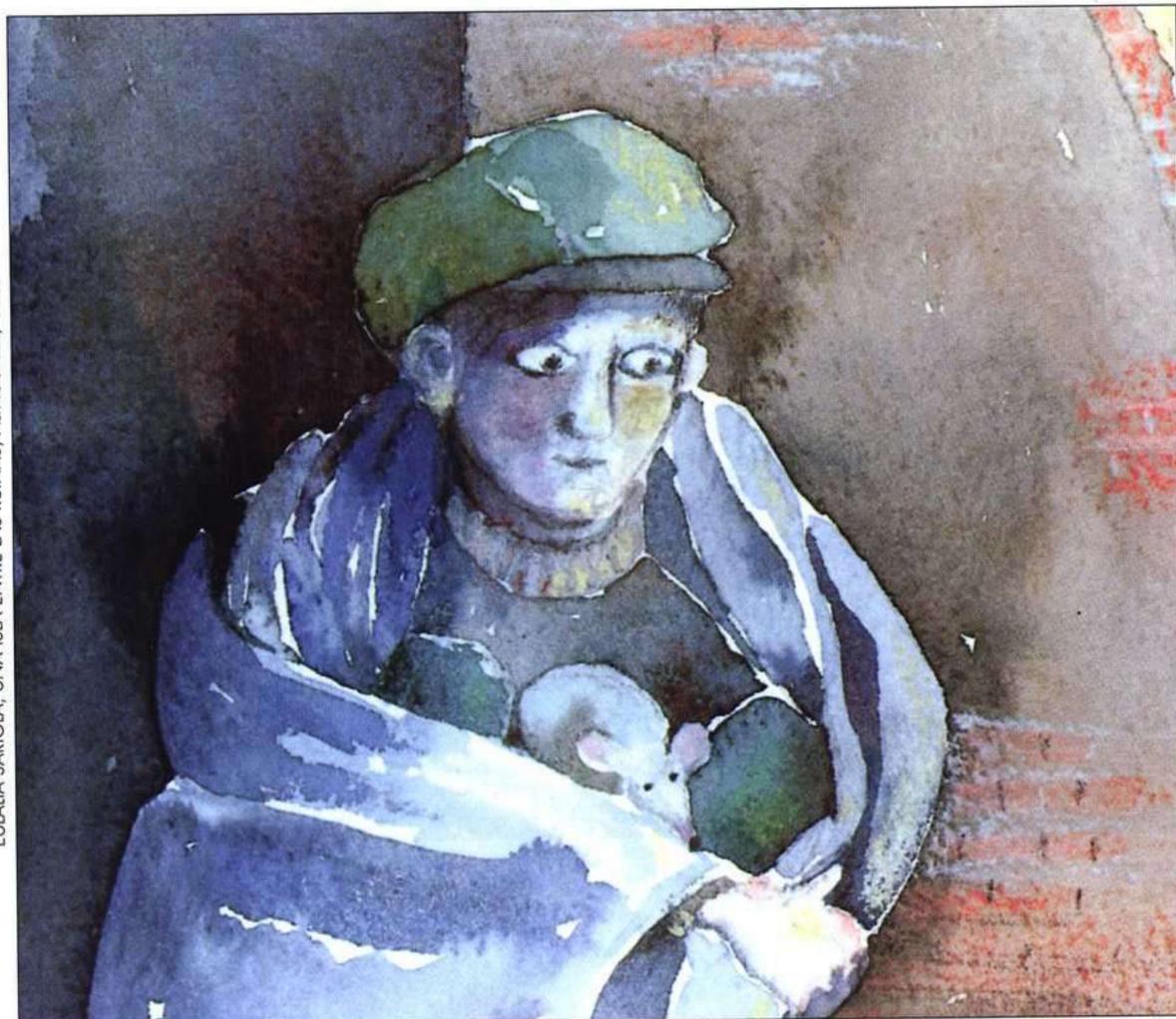


DOLORES AVENDAÑO, HARRY POTTER Y LA PIEDRA FILOSOFAL, EMECÉ, 1999.

DOLORES AVENDAÑO, HARRY POTTER Y EL CÁLIZ DE FUEGO, SALAMANDRA, 2001.



EULÀLIA SARIOIA, UNA ISLA ENTRE LAS RUINAS, ALFAGUARA, 1998.



## Algunos ejemplos

Ejemplos diversos elegidos al azar (cuidado: somos conscientes de que ninguna elección literaria se hace al azar) nos permitirán tal vez acercarnos a la solución de la pregunta con la que empezamos esta colaboración: Harry Potter de *Harry Potter y la piedra filosofal* (¡resulta inevitable citar al personaje creado por la señora Rowling!), Manolito Gafotas (de la escritora Elvira Lindo), Pablo (protagonista de una preciosa narración de Gonzalo Moure titulada *Los gigantes de la luna*), Alex (protagonista de la espléndida novela de Uri Orlev, *Una isla entre las ruinas*), Robinson (el de Tournier, no el de Defoe, es decir el de *Viernes o la vida salvaje*). Nuestra metodología es poco sistemática. Nuestro análisis de contenido, muy simple: leemos y anotamos, simplificando mucho, los caracteres físicos, psicológicos y «otros» (es decir: contextuales, por llamarlos de alguna manera) que describen o insinúan los autores y autoras considerados en las primeras páginas del libro donde aparecen.

### *Harry Potter*

Tal vez resulte curioso comentar que la autora dice poco del aspecto físico de Harry Potter en el primer capítulo de su primer libro (en el segundo capítulo sabremos que tiene 10 años, que es rápido y ágil, que es flaco y bajo para su edad, que lleva gafas, que su pelo crece sobremedida, que sus ojos son verdes y brillantes, que sus rodillas son huesudas, que no tiene amigos, que es maltratado física y psicológicamente por su primo). De hecho, en el primer capítulo sólo se dice que es varón, que es pequeño, que tiene el pelo negro y que, bajo el pelo de su frente, tiene una cicatriz en forma de relámpago. De sus rasgos psicológicos no nos dice nada (aunque podríamos deducir mucho: va a ser un niño rechazado, como Cenicienta, y un héroe admirado en su sociedad de magos). Eso es razonable porque en este primer capítulo sólo se explica cómo viene Harry a parar a casa de sus tíos, el matrimonio Dursley y su odioso hijo Dudley (que no va a dejar de martirizar al pobre Harry), unos *muggles*...

Aquí hay mucho material para desmenuzar: Harry es hijo de magos, pero tie-

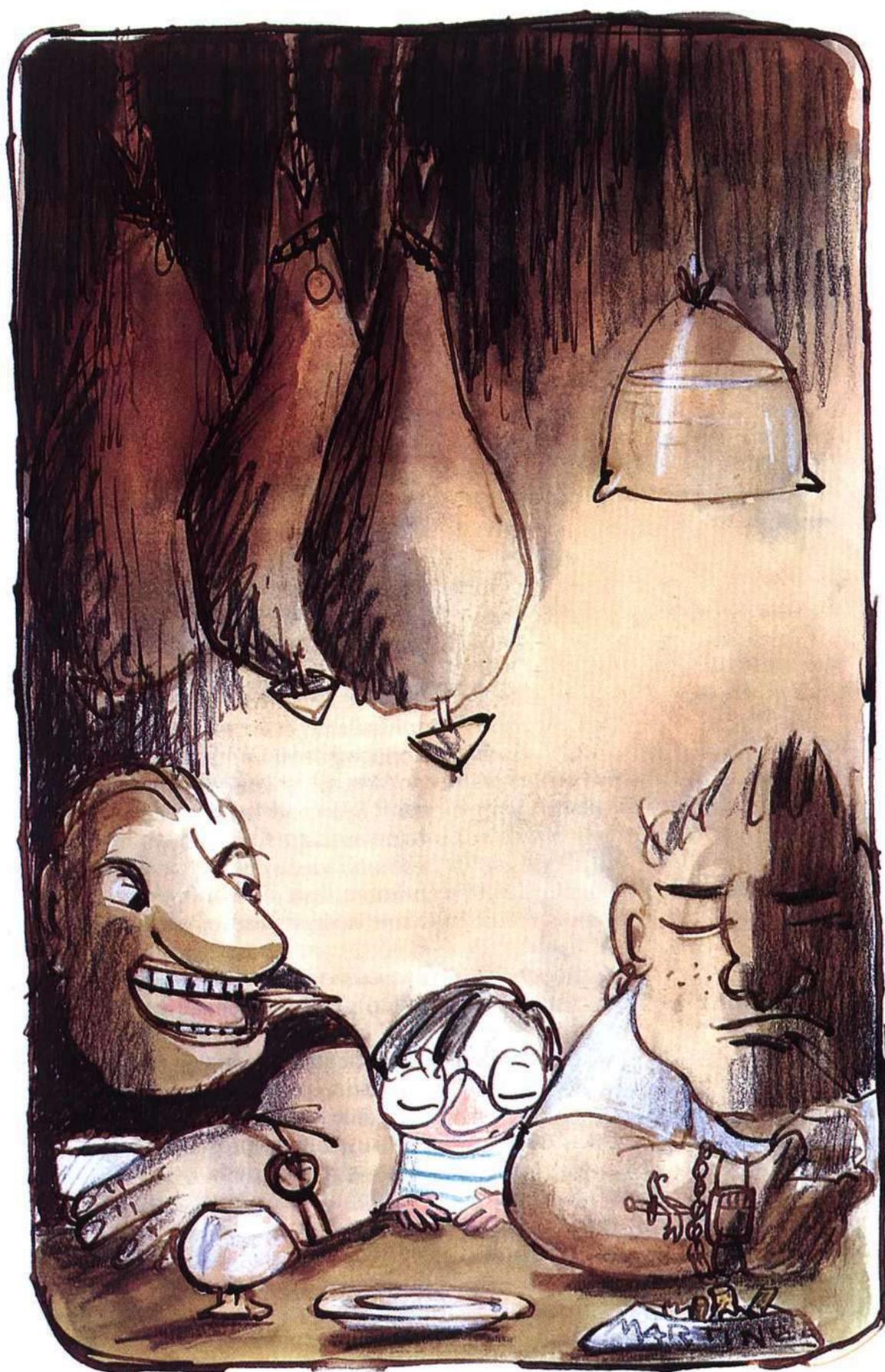
ne parientes *muggles* (humanos no magos): es y no es. Pertenece a un grupo (o tiene que elegir pertenecer a ese grupo y no al otro). De acuerdo con lo que venimos diciendo, sabemos ya algunas cosas de Harry (incluso sabemos dónde vi-

ve): es inglés o, por lo menos, británico, y esa condición nos permite entenderlo situado en la larga y excelente tradición británica de historias fantásticas para niños (*Peter Pan*, *Alicia*, *El viento en los sauces*, los relatos de la señora Nesbit,

los de Beatrix Potter, los relatos de Tolkien, de Clive S. Lewis, de Frances Hodgson Burnett...). Y también en la no tan larga ni tan excelente, pero sí muy popular literatura infantil de serie tipificada en personajes como el insoportable Guillermo Brown y su Banda de los Proscritos, de Richmal Crompton, o como los Cinco, tan injustamente denostados por la crítica, de Enid Blyton, entre otros muchos. La misma J. K. Rowling era lectora de esta serie en su infancia. Cabría hacer alguna indagación crítica en este sentido... Por otra parte, los hechos que marcan su origen (la muerte de sus padres y, por tanto, su condición de huérfano) nos permiten situarlo en otra larguísima y fecunda tradición novelística en lengua inglesa sobre niños desventurados magistralmente capitaneada, antaño, por Charles Dickens y, en las últimas décadas, por el fallecido Roald Dahl, entre otros.

Queremos decir con ello que Harry Potter no nace literariamente de la nada. Sabemos mucho de él y de lo que va a sucederle porque conocemos esas tradiciones. Sabemos, además, que su tía Petunia, la señora Dursley, siente rechazo por ese sobrino y por su nombre («Un nombre vulgar y horrible, si quieres mi opinión»), sabemos que Harry aparece como personaje anunciado por señales que evocan algún relato mítico-religioso, si no francamente bíblico. Harry viene del cielo (eso sí, en una moto guiada por un personaje ogresco). Harry aparece en una noche nublada en que el tele-noticias comunica que se ha observado una rarísima abundancia de lechuzas y una no menos rara y aparatosa lluvia de estrellas. Hay gente vestida extrañamente por la calle: lo comprueba el señor Dursley en su ida y venida de casa al trabajo, que oye además vagos rumores de que «algo ha pasado a los Potter».

Poco a poco sabemos (de boca de dos magos) que alguien cuyo nombre casi no puede pronunciarse (Voldemort: «Quien – Usted – sabe») ha desaparecido tras perder su poder, pues «dicen que quiso matar al hijo de los Potter... Pero no pudo...». Poco a poco se nos anuncia un gran futuro para Harry y, a la vez, que sufrirá por vivir donde va a vivir y con quién va a vivir: «¡Harry Potter no puede vivir ahí! ¡Esa gente jamás compren-



EMILIO URBERUAGA, TODO MANOLITO, ALFAGUARA, 2000.



FERNANDO MARTÍN GODOY, LOS GIGANTES DE LA LUNA, EDELVIVES, 2003.

derá a Harry! ¡Será famoso... una leyenda... no me sorprendería que el día de hoy fuera conocido en el futuro como el día de Harry Potter! Escribirán libros sobre Harry... Todos los niños del mundo conocerán su nombre...». Harry Potter,

además, es famoso antes de saber andar y hablar. «¡Famoso por algo que ni siquiera recuerdas!»

¿Qué tenemos aquí? Pues, o mucho nos equivocamos o tenemos un mesías, con enemigo maligno y mortal incluido:

Voldemort. Un enemigo que no podrá hacer nada contra él (o podrá poco, ya veremos como se desarrolla la serie de sus libros), y con el que, ya se intuye, habrá de enfrentarse a lo largo de su vida. Harry es además un mesías con estigma: en su frente tiene esa señal con forma de relámpago. Podría haber tenido la forma de una flor o de un pájaro o haber sido sólo una peca o una berruga. Pero no. Se trata de un relámpago. Por algo será. Estamos en un primer capítulo de la historia de «El niño que vivió»... Aunque sea un capítulo más en una tradición literaria consolidada. Más adelante sabremos que Harry no tiene amigos en la escuela, que a su lado «pasan cosas raras», que tiene «poderes»... Ciertamente, sólo la magia puede salvar del fracaso escolar y del paro (y del desequilibrio emocional) a un adolescente que viva semejante situación personal y familiar...

### *Manolito Gafotas*

Frente a eso, veamos los rasgos de Manolito Gafotas: «Me llamo Manolito García Moreno, pero si tú entras a mi barrio, y le preguntas al primer tío que pase: —Oiga, por favor, ¿Manolito García Moreno?—. El tío, una de dos, o se encoge de hombros o te suelta: —Oiga, y a mí qué me cuenta—. Porque nadie lo conoce por su nombre, sino por su apodo: Manolito Gafotas (también usa gafas). Bien podríamos decir que Manolito no es nadie (cuidado, ya matizaremos eso). Ni viene del cielo en una moto: su nombre, eso sí, es Manolito porque al camión de su padre, que se llama Manolo (el padre, no el camión), se llama *Manolito* (el camión, no el padre de Manolito). Y el lugar donde vive es Carabanchel: clase media baja, barrio conflictivo, muy popular, con prisión reconocida: «En mi barrio, que es Carabanchel, hay de todo», dice Manolito: «Hay una cárcel, autobuses, niños, presos, madres, drogadictos y panaderías».

Manolito es varón y tiene 8 años en su primer libro, crece poco físicamente, usa gafas de cristales de culo de botella desde que tenía 5 años, es cabezón. Nos habla en primera persona y de tú a tú: es inteligente, irónico hasta la mordacidad, peleón, sociable, afectivo, imaginativo y

curioso (abre los párpados de su hermano, el Imbécil, recién nacido para ver si tiene las pupilas rojas, lo cual sería índice de posesión diabólica), es locuaz hasta la hipérbole («eso está probado ante notario»)...

Vive con sus padres y con su abuelo (que se queja siempre de su paga de retiro insuficiente y para el que aquellos hicieron una habitación corrida en la terraza), su madre le da collejas («que es su especialidad») y le llama «el último mono», «no porque sea una investigadora de los orígenes de la humanidad», sino por aquello de que: «Ya ves tú quien fue a hablar: el último mono». Su franqueza (y desparpajo) apabulla.

Las diferencias con Harry son abismales en todos los sentidos. Harry es «el niño que vivió», es decir: un huérfano privilegiado llamado a grandes cosas, un predestinado hacia la fama y el reconocimiento, a la púrpura; Manolito es, en su hogar y en su familia, «el último mono»... Manolito asiste al colegio público del barrio; Harry a uno de esos elitistas colegios ingleses, en este caso doblemente selectivo, pues va a tratarse de un colegio de y para magos (ricos). Manolito apenas tiene tradición literaria: ¿la de los pícaros, tal vez? En algunos aspectos parece sanchopancesco, es decir, realista y resignado, en otros (se ha dicho) recuerda vagamente al pequeño Nicolás (y ésta no es una tradición literaria española). ¿Le hace falta esa tradición? ¿La va a crear él? ¿Acaso Celia? Y no obstante, seguramente vive con más realismo la vida y conoce mejor su mundo que Harry Potter el suyo... y el nuestro. Por eso tal vez Manolito será capaz de cambiarlo (o de intentarlo, por lo menos), mientras que Harry Potter se pasará probablemente la vida ignorando que



JUAN RAMÓN DÍAZ-TOLEDO, VIERNES O LA VIDA SALVAJE, NOGUER, 2001.

con magia sola las iniquidades del mundo no se solucionan...

Los problemas de Potter pertenecen a otra dimensión, son tal vez virtuales. Como corresponde a un mesías, sus problemas no son de este mundo. Harry Potter es llevado por su destino (y es llevado en realidad en volandas y de golpe de magia en golpe de magia), y sus mentores y padrinos son muy poderosos. Manolito tiene que currárselo todo día a día, colleja a colleja... El discurso de Harry Potter viene «dado», «impuesto» por lo que deberá ser y por lo que deberá hacer; el discurso de Manolito lo crea él mismo con su ingenua y a la vez algo acerba verborrea. Habría que ver al primero sin magia y al segundo con ella.

Manolito tiene amigos: ya en el primer capítulo menciona a «Orejones López, que es mi mejor amigo, aunque algunas veces sea un cochino y un traidor y otras, un cochino traidor, así, todo junto y con todas sus letras, pero es mi mejor amigo y mola un pegote», y se menciona a Susana. Pero, además, Manolito se relaciona con sus padres, vecinos, maestras, amiguetes, cacos de poca monta y otra gente. No está sólo. No selecciona. No espera acontecimientos basados en la magia. Ni él mismo es capaz de hacerla. No la necesita, porque está vivo (literariamente) de verdad: no es que no sea «nadie» (ya habíamos dicho que matizaríamos), sino que es parecido a «cualquiera» y por eso es entrañable (dema-

Algar EDITORIAL  
www.algareditorial.com

letra mágica

Aprende a leer con los mejores autores e ilustradores del momento

MIGUEL DE CERVANTES

## Don Quijote de la Mancha.

Versión de Vicente Muñoz Puelles  
Dibujos de Manuel Boix

Dos versiones para conmemorar el IV centenario del Quijote

Algar Joven

Nuevos títulos de Sierra i Fabra en «Algar Joven»

La sonrisa del diablo  
Jordi Sierra i Fabra

Soledades de Ana  
Jordi Sierra i Fabra

gógicamente entrañable, debiera decir). Tiene opiniones sobre todos los asuntos (le conciernan o no) y las espeta por los codos, parlorea, comenta, aconseja... «Si quieres meterte a una madre en el bote —dice— es mucho mejor que te rompas algo de tu propio cuerpo a que te rompas algo de la ropa. Lo de la ropa lo llevan fatal. Sin embargo, de los destrozos de los hijos se ponen a presumir en cuanto te descuidas: “Mi hijo se rompió una pierna”. “Y el mío la cabeza, no te fastidia.”» En resumen: Manolito no para ni se corta.

## Pablo y Alex

A veces basta un solo detalle para que el autor nos presente a su personaje literario. Gonzalo Moure define a Pablo, define lo esencial de Pablo (el protagonista de *Los gigantes de la luna*) en apenas unas líneas de texto, aquellas con las que comienza el relato, así: «Todo empezó con una pregunta: “Pablo, ¿qué te parecería que trajéramos a un niño del Sahara para pasar el verano con nosotros?”. Pablo abrió los ojos como se habían abierto sus oídos al escuchar la palabra *Sahara*. Aquella hache le hacía pensar en arena, en hombres oscuros, en misterios...». He aquí que, con eso sólo, ya sabemos que Pablo vive en una familia respetuosa con él pues es consultado sobre una decisión comprometida, sabemos que su familia es solidaria con otras gentes, y además ya sabemos que Pablo es imaginativo y también sensible, seguramente algo ajeno a lo más real y cotidiano... Seguramente introvertido: una palabra evoca en él, en su pensamiento, un mundo entero... Aunque claro, sólo la lectura del relato completo nos permitirá averiguar si esas primeras pinceladas se confirman y hasta qué punto ese primer carácter descrito sofoca o da alas al crecimiento de Pablo, pues en definitiva, ¿qué es un relato, sino la crónica de un crecimiento? Y por cierto: ¿crecerán, y no nos referimos al crecimiento físico, Harry y Manolito?

Uri Orlev, el reconocido autor polaco galardonado con el Premio Andersen de literatura para niños y jóvenes en el año 1996, nos describe a Alex con apuntes gruesos, impresionantemente simples y directos como trallazos en su novela

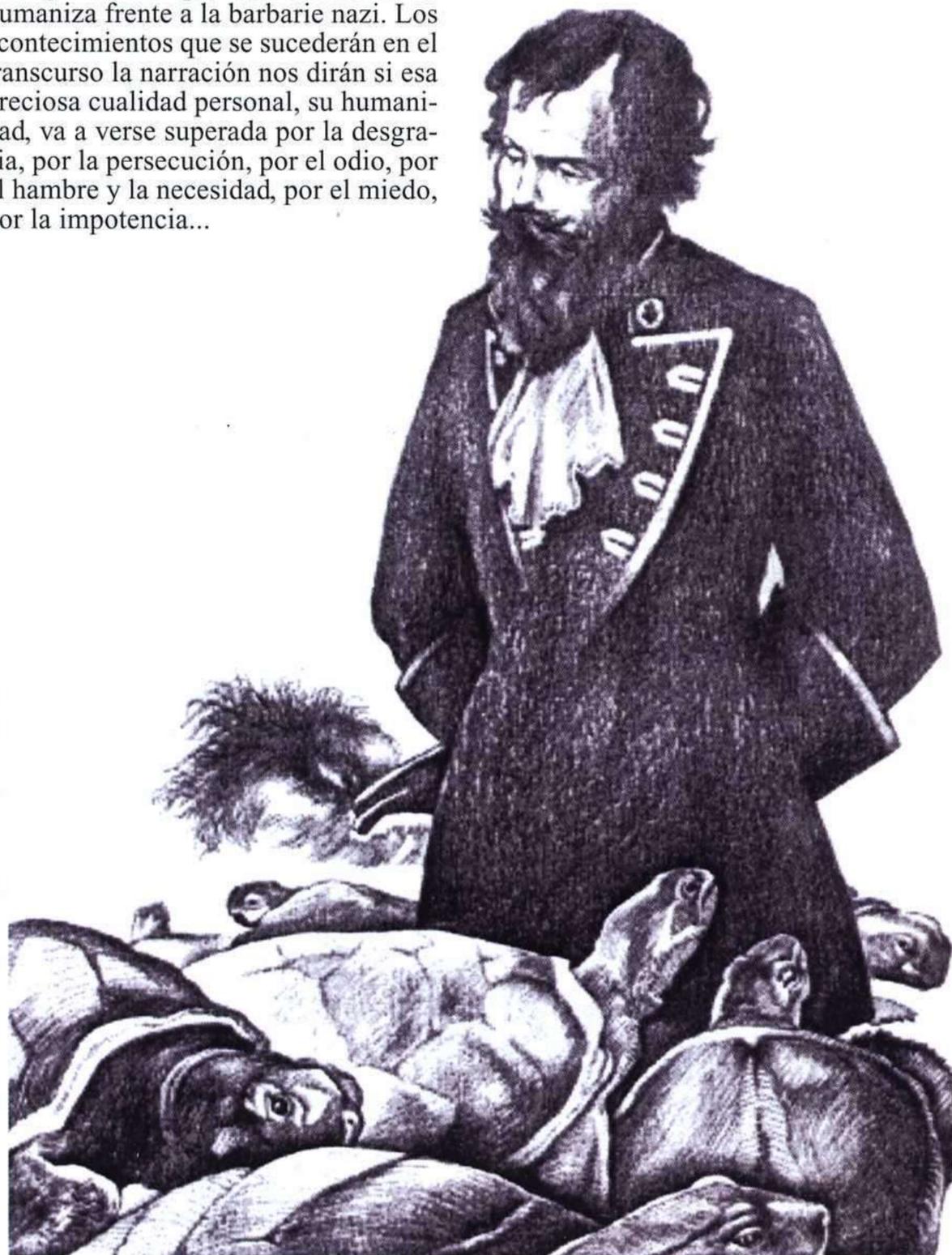
*Una isla entre las ruinas*: «¡Mi padre tenía una pistola! Me desperté completamente. ¿Tal vez iba a matar alemanes? Mi madre ya no estaba con nosotros. Había salido para visitar a unos compañeros del movimiento al cual pertenecía, en el gueto A, y no había regresado. Ya hacía ocho o diez días. Yo no los contaba, era demasiado triste... Al fin empezamos a creer que se la habían llevado hacia Alemania...».

¿Cabe decir algo más? Alex es un niño judío en el gueto de Varsovia ya sabemos cuándo. Sufre y va a sufrir más. Nosotros vamos a hacerlo con él. Lo sabemos con leer los primeros párrafos, el primer capítulo, en cual, sin embargo, nos enteraremos de que Alex tiene escrúpulos, de que esa condición le humaniza frente a la barbarie nazi. Los acontecimientos que se sucederán en el transcurso la narración nos dirán si esa preciosa cualidad personal, su humanidad, va a verse superada por la desgracia, por la persecución, por el odio, por el hambre y la necesidad, por el miedo, por la impotencia...

## Robinson, un clásico

En otros casos, el autor puede verse favorecido a la hora de describir un personaje por el gran conocimiento previo (y cierto) que los lectores ya tengamos sobre él. Esa ventaja poderosa la usa Tournier en su *Viernes o la vida salvaje*. ¿Quién ignora, en nuestra llamémosla «civilización» o «cultura», la aventura de Robinson en su isla desierta? Por ello, Tournier puede ser escueto hasta la avaricia en los primeros capítulos de presentación del personaje y de su situación. ¿Para qué perder tiempo en minucias, cuando lo que nos va a interesar no es tanto la caracterización de Ro-

JUAN RAMÓN DÍAZ-TOLEDO, VIERNES O LA VIDA SALVAJE, NOGUEA, 2001.



binson, sino la forma en que se enfrenta, con los elementos caracteriológicos con que está dotado ya, a una situación que, por cierto, también es por todos de sobra conocida?

Así, Tournier sólo nos dice que Robinson es un varón de York del siglo XVIII, comerciante deseoso de abrir nuevos mercados, casado y con dos hijos (que no ha vacilado en dejar atrás para explorar esos nuevos mercados), que viaja en el *Virginia* hacia Chile, y que naufraga. Ya puesto en la isla, vemos con muy pocas frases que es un hombre decidido (una vez arrastrado a la playa por el oleaje penetra en el bosque y sube a un monte), práctico (coge una rama como bastón y se hace un sombrero de ho-

jas), fuerte (mata una cabra a golpes con su rama). Se entristece al comprobar que está solo. Se duerme... Conocemos su peripecia de casi treinta años de exilio involuntario. Sabemos que al despertarse de ese primer descanso en la playa va a empezar a construir un entorno a semejanza del que él conoce.

Tournier es muy hábil. Pues con ese «poco», y con lo «mucho» que todos ya sabemos, tal vez no tanto del personaje Robinson como del mito Robinson, nos va a conducir a un desenlace radicalmente opuesto al que ya presuponemos: Viernes (personaje que también conocemos de la aventura original: un indio) va a «descivilizar» a Robinson. Viernes va a «liberar» a Robinson. Ésa va a ser la

sorpresa, la novedad del libro de Tournier. Sorpresa que, por cierto, muy probablemente nunca recibamos de Harry Potter ni de Manolito Gafotas.

Robinson significa, han dicho los estudiosos, el puritanismo protestante, el utilitarista británico, el colonialista inicial, el burgués optimista: sólo en una isla desierta creará un remedo de su estado de civilización, con sus reglas y sus hábitos y sus rituales. Robinson es el hombre individuo que debe luchar por sobrevivir y es también el hombre económico moderno: todo lo mide, pesa, cuenta y calcula. Todo lo somete a orden, incluso los sentimientos (y a los demás). Todo eso, que tal vez sólo sea una máscara cultural, va a transformarse gracias al encuentro de Robinson y Viernes, el cual representa otra cultura, más festiva, más relacionada con los seres vivos y con el medio, nada calculadora ni previsora, pero más consciente del momento que uno vive, de las emociones y de las sensaciones, del juego y de la creatividad.

Tournier juega a la lógica del contraste. Al final, Robinson (que casi había perdido, al principio de estar solo en la isla, la sonrisa: principal rasgo humano, y que casi había caído ante la pereza, la avaricia y la degradación) quedará feliz en su isla Esperanza, mientras que Viernes, seducido por el barco que arriba a la isla, partirá seguramente hacia la esclavitud... Robinson (y Viernes) han vivido una verdadera metamorfosis. Lo cual nos lleva a pensar que tal vez aquellos personajes menos definidos (además de los muy identificables en la tradición literaria más conocida) son los que permiten sucesivas recreaciones e interpretaciones a medida que se suceden las lecturas y las recreaciones a través de las épocas...

Ésa, por cierto, va a ser la gran prueba de fuego a la que habrán de enfrentarse Harry Potter y Manolito Gafotas, y también el sensible e introvertido Pablo, de Gonzalo Moure, y el niño Alex, de Uri Orlev: sucesivas lecturas y nuevas interpretaciones de sus caracteres y personalidades o, quizás, el olvido, el pase al limbo literario donde moran (¿esperan?) los personajes que no llegaron a ser... ■

\*Miquel Rayó es escritor.

JUAN RAMÓN DÍAZ-TOLEDO, VIERNES O LA VIDA SALVAJE, NOGUER, 2001.

